

Ante un centenario: Andrés Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. VÍCTOR GARCÍA HOZ (*)

PERSONAJE SINGULAR

El centenario de la fundación de las Escuelas del Ave María (1889-1989), trae a primer plano la figura de su fundador Andrés Manjón.

Desde hace años vengo percibiendo una especial sintonía de las ideas y las obras de Manjón con las ideas a las que nuevamente se concede validez tras el universal fracaso de los reduccionismos pedagógicos pragmatistas, políticos y nihilistas que vienen predominando a lo largo de este siglo. Y como la sintonía de las ideas viene matizada por el hombre que las sustenta, se me permitirá fijarme especialmente en las características personales del fundador de las Escuelas del Ave María.

Es D. Andrés Manjón un personaje en verdad interesante de la Historia de España, objeto de exaltaciones y silencios. Nace el 30 de noviembre de 1846 en una familia de labradores de Sargentes de la Lora, pueblo de la provincia de Burgos, en los límites con Cantabria. Su familia es la clásica del mediantín, propietario de algunas tierras que han de ser labradas por sus mismos dueños. Experimentó la dureza de la vida de los campos castellanos, cuyo recuerdo y experiencia conformarían buena parte de su carácter y su actividad a lo largo de la vida.

Vale la pena transcribir un texto muy expresivo del propio Manjón:

«Nací pobre, viví entre pobres, carecí de escuela formal y por esta causa pasé angustias y trastornos y sufrí retrasos en mi carrera, cuando un buen cura de aldea quiso dármele.

(*) Sesión del día 16 de febrero de 1988.

Mi origen, pues, y mis apuros y deficiencias me impulsaban a instruir a aquellos de mis hermanos que más se me aproximaban por la cuna, la ignorancia y la pobreza; mis simpatías fueron para los pobres»¹.

Una triste experiencia escolar, en escuela poco acogedora y con un maestro de escasa cultura, cuyos rutinarios métodos se hallaban reforzados por la «palmeta», había de obrar también como reactivo en el pensamiento y la vida de Manjón. Tras la escuela de Sargentos, estudios en Sedano y Polientes, donde se preparaba a los niños que querían ingresar en el Seminario. Andrés Manjón intentó entrar en el Seminario de Burgos, en el cual no pudo matricularse, por lo que hubo de estar algún tiempo en el colegio de San Carlos, regido por jesuitas, donde el encuentro con el padre Doncel le proporcionó la ocasión de ver otro tipo de maestros, sonriente, bromista y aún juguetón.

Ingresado ya en el Seminario, empieza a manifestar su carácter vivo, alegre, impetuoso, fuerte. Cree injusto un suspenso en Derecho Natural, pide examen de comparación y al no ser atendido decide abandonar el Seminario; pero el año siguiente vuelve de nuevo a él.

Mientras estudiaba cuarto de Teología estalla la revolución de 1868 y se cierra el Seminario de Burgos. Concluye los estudios teológicos en Valladolid, pero no se ordena sacerdote y opta por cursar Derecho en la Universidad. En ella se refleja el momento de agitación que se vive en España. Manjón capitanea el grupo de católicos militantes, y en 1873 finaliza su carrera con el doctorado en Derecho Civil. Tras unos años de profesor sustituto y auxiliar, gana la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Santiago. Parece que no se encuentra a gusto, tal vez por el clima, y al año siguiente pasa a la de Granada, de la que toma posesión el 28 de mayo de 1880. La desempeña hasta el 20 de septiembre de 1918, dos años después de haber cumplido los setenta, debido a que pidió al subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes permiso para continuar en la cátedra, petición que fue atendida.

En 1886 había ganado por oposición una canonjía en la Abadía del Sacromonte y pocos días después, el 19 de junio del mismo año se ordenó sacerdote. Como canónigo del Sacromonte vivía en la Abadía; desde allí bajaba, diariamente, montado en una borriquilla, a dar su clase en la Universidad, convirtiéndose pronto en una figura popular y muy querida.

La carrera que lleva del Sacromonte a Granada transcurre entre cuevas de gitanos, que proporcionan a Manjón un contacto cotidiano con gentes paupérrimas que viven amontonadas en las cuevas excavadas en las faldas de la montaña. La vista de estas gentes que viven en suma ignorancia, extrema pobreza y una gran degeneración moral y social, es el detonante que lleva a Manjón a dedicar lo mejor de su vida a la educación de los pobres².

1. MANJÓN, A. (1946): «Hojas históricas del Ave María», *hoja 2.ª*, en *Obras Selectas*, Patronato de las Escuelas del Ave María, tomo X, pág. 275. Esta edición se indicará en adelante *Obras Selectas* y el tomo correspondiente.

2. Pueden verse más detalles de la biografía de Manjón en PRELLEZO GARCIA, J. M., (1969): *Educación y familia en A. Manjón*, Zurich, Pas-Veriag, 2.ª parte, cap. 1.

La obra escrita de Andrés Manjón es impresionante. Tras un folleto desaparecido, *Cosas de antaño escritas hogaño*, autobiográfico, según parece, *El derecho eclesiástico general y español*, publicado en 1885 y que alcanzó cuatro ediciones, así como la traducción de Tarquini, *Instituciones de Derecho Público Eclesiástico*, editado en 1890, toda la producción manjoniana está dedicada a temas educativos. Las *Memorias de las escuelas del camino del Sacromonte, 1889-92*, publicadas en este último año, inician la serie de escritos pedagógicos de Manjón que se habían de producir ininterrumpidamente, incluso hasta después de su muerte, ya que su última obra, el libro quinto de *El maestro mirando hacia afuera o de dentro afuera*, se publicó en 1924, un año después de morir su autor. Libros, folletos, artículos de periódicos, constituyen la obra escrita de D. Andrés Manjón, de los que no hay todavía una edición crítica completa, si bien se han publicado en diez volúmenes sus «obras selectas», editadas por el Patronato de las Escuelas del Ave María, durante los años 1945 y 1946.

En el terreno de los hechos, tras su labor docente propia de un Catedrático de Derecho, su labor más conocida se desarrolló en las Escuelas del Ave María.

Las rápidas notas que acabo de destacar en su biografía dejan entrever las características de una persona singular en la que se sintetizan la socarronería del hombre de pueblo castellano con el aprecio del estudio y la razón propios del catedrático de la Universidad, el porte adusto y el vigor de su lucha contra la degeneración moral y material de la sociedad con la ternura de sentimientos que le lleva a dedicar toda su vida a la educación de los niños víctimas de cualquier marginación social, la mirada a los problemas de la humanidad con la permanente atención a la vida del hombre singular, vida interior, espiritual, son contrapuntos entre los que se desenvuelve la persona y la vida de Manjón.

EN AMBIENTE POLEMICO

Es difícil encontrar una clave que explique la compleja figura de Manjón, que ha sido objeto de los juicios más apasionados. Mientras algunos de sus detractores le llama «tétrico, inquisitorial y despiadado sacerdote», uno de sus alumnos dice de él: «Los que recibíamos sus enseñanzas, no sólo le profesábamos un convencido respeto, sino que le consagrábamos un cariño verdaderamente filial. Su bondad no tenía límites ni medida, y sus palabras, apacibles y de excepcional dulzura, reflejaban un alma buena, un corazón sano y jugoso y unos sentimientos cristianos tan sinceros como arraigados»³.

De «creyente un tanto supersticioso o fanático, que no es pedagogo sino rutinario», tachó D. Luis Zulueta a D. Andrés Manjón⁴. Por el contrario, para algún crítico —el profesor Cabezas— es Manjón uno de los pedagogos «más

3. Cfr. PRELLEZO, *Op. cit.*, pág. 114.

4. *Diario del P. Manjón*, Ed. crítica preparada por Prellezo, J. M., Madrid, B.A.C., 197 nota a 1.122, pág. 306. Esta obra se citará en adelante *Diario*.

creativos» de nuestra historia. ¿Qué hay tras de estas opiniones contradictorias?

Manjón vivió en una España polémica. En la Ley Moyano, promulgada en 1857, se puede considerar cristalizada la evolución de la primera mitad del siglo XIX y en ella están las bases para la ordenación educativa en la segunda mitad de la misma centuria; pero este hecho no debe llevar a pensar que el siglo XIX haya sido una especie de época tranquila en la cual las gentes se dedicaron a organizar la enseñanza para que el Estado pudiera hacerse cargo de ella. En realidad, a lo largo de todo él se desarrolla un proceso trabajoso en el que en medio de esfuerzos y luchas iba haciéndose efectiva, muy lentamente, la incorporación de la enseñanza a las preocupaciones públicas y también, desdichadamente, la utilización del sistema escolar como arma política.

Las polémicas sobre la enseñanza, que en el siglo XVIII tenían un carácter erudito con ciertos ribetes de filantropismo, y que se proyectaron sobre todo en el conflicto de la ciencia nueva y la ciencia tradicional, alcanzaron en el siglo XIX una virulencia especial porque entraron en escena nuevas fuerzas políticas y sociales.

Tras de la invasión napoleónica fue tomando cuerpo en la mente de los políticos españoles la idea de centralización de la enseñanza. Consecuencia de ella fueron los intentos de organizar la enseñanza de todo el país en un «plan nacional».

Con los intentos legislativos coexistió un movimiento de ideas que pretendía fundamentar y orientar la política educativa. El Reglamento General de Instrucción Pública de 1821 y el Plan Calomarde de 1824, primeras manifestaciones de la aspiración a unificar la enseñanza son, a su vez, cada uno de ellos, indicadores de las dos corrientes que habían de subsistir, paralelas y polémicas, a lo largo del siglo XIX: la corriente liberal vinculada a la revolución y la corriente tradicional. Una y otra corriente son paralelas en la medida en que ambas aspiran a regenerar a España mediante la educación.

Los sindicatos obreros, en su mayoría socialistas y anarquistas, reclamando la instrucción para el pueblo como un camino para remediar su triste situación, la Institución Libre de Enseñanza proyectándose en la educación de minorías, representan lo que con una expresión imprecisa se puede llamar educación revolucionaria, que presenta matices tan distintos que van desde el esteticismo deísta y el moralismo puritano hasta la educación anarquista. Europeísmo, liberalismo, educación laica, son denominadores comunes de lo que se ha llamado pedagogía revolucionaria en España.

Espoleada, sin duda, por las ideas y la actividad de quienes pretendían reformar la educación y la sociedad española apartándose del camino tradicional, surgieron una serie de actividades y de ideas que se pueden englobar bajo la expresión de renacimiento católico que igualmente aspiraba a renovar la educación, pero insistiendo en el apoyo de los principios cristianos. También este movimiento tiene distintos matices, desde la actividad en la educación oficial como la ejercida por Carderera, hasta las fundaciones de nuevas instituciones dedicadas a tareas educativas, ya sean Congregaciones religiosas, ya sean instituciones escolares, como las Escuelas del Ave María.

Al terreno de la educación se puede aplicar la idea de las dos Españas. Fraternas, aunque a veces aparezcan y actúen como enemigas. Surgirán polémicas y actitudes encontradas; pero la dureza de la lucha es, a fin de cuentas, el reconocimiento que, por un lado y otro, se hace del interés que la educación despierta.

Llamar «supersticioso o fanático» a Manjón, catedrático de la Universidad y fustigador de la educación entonces prevalente en España, es un juicio verdaderamente frívolo que se explica en el marco de una polémica de partido.

Contra lo que pudiera parecer, pienso que el rasgo de carácter en el cual se puede encontrar la explicación de las aparentes paradojas de su pensamiento y actuación, se halla en su actitud «abierta», aunque también «crítica», en la que opera el principio de complementariedad para explicar la realidad que le circunda. Esta actitud de aprecio especial a la cooperación sitúa al P. Manjón a un siglo de ventaja sobre sus coetáneos modernistas encerrados en el exclusivismo de la ciencia y la pura instrucción como medios de regeneración individual y social.

ACTITUD ABIERTA Y CRÍTICA

Curiosamente, en Manjón se da la paradoja de que su propia apertura a todas las esferas de la realidad le lleva a ser crítico con las actitudes reduccionistas. Entendió al hombre en todas sus dimensiones, desde la biológica hasta la religiosa, criticando tanto a quienes en posesión de medios económicos abandonan a los desheredados, cuanto a quienes en posesión de la cultura se olvidan de la religión. Es esta actitud, abierta y crítica, la que coloca a D. Andrés Manjón en una situación singular, en el campo del regeneracionismo español.

Sumariamente podemos caracterizar su singularidad, respecto de los que él llama liberalistas, socialistas y revolucionarios, en su firme idea de que toda educación, como toda política, se debe fundamentar en bases cristianas; respecto de la orientación predominante en la educación cristiana entonces existente, la necesidad de abrirse a todos los problemas sociales y cooperar con todas las instituciones influyentes en la educación.

Lo que de integradora tiene esta actitud, empieza por manifestarse en el intento de estudiar y conocer las ideas pedagógicas vigentes en su tiempo. Manjón tenía una formación básica, filosófica, teológica y jurídica. No le importó buscar y leer, estudiar y criticar las ideas pedagógicas y las actividades educativas de su mundo entorno.

No voy a entrar en el problema de los autores en los que se inspiró la obra de Andrés Manjón. Otros estudiosos han empleado su tiempo y atención en

5. Cfr. PRELLEZO, J. M., (1969): *Educación y familia en A. Manjón*, Zurich, Pas-Verlag, 5.ª parte, cap. 1 y Apéndice 2.

este problema⁵. Me interesa resaltar que entre los autores en los que parece que principalmente se inspiró Andrés Manjón en sus primeros estudios pedagógicos, figuran nombres tan dispares como Carderera, Alcántara García, Rossell y Ruiz Amado. Lo importante es destacar que Manjón, catedrático de la Universidad, no tuvo empacho ninguno en trabajar como un estudiante para entrar en un nuevo campo de conocimientos, los conocimientos pedagógicos.

Contrasta la actitud de Manjón con la de alguno de sus contemporáneos, ya que no faltó, en los comienzos de este siglo XX, quien negara la existencia de la ciencia pedagógica, ya sea porque a toda pedagogía se la considera una alquimia sin posibilidades de conocimiento científico, ya sea por creer que lo importante y digno de atención «no es el conjunto o sistema de ideas, sino la práctica afortunada del arte de educar».

El primer representante de la actitud que se acaba de mencionar fue don Julián Ribera, uno de los autores del renacimiento de los estudios islámicos en nuestro país, quien desde su condición de científico arabista y profesor universitario, con una actitud totalmente acientífica, lanzó una feroz diatriba contra la Pedagogía en una obra cuyo título, *La superstición pedagógica*, es suficientemente expresivo⁶. Es una muy curiosa obra en la que, atacando a la Pedagogía se hace pedagogía, puesto que en ella se encuentran pensamientos atinadísimos, nacidos de la experiencia docente de su autor y que se pueden situar en el marco de la que he llamado pedagogía intuitiva, afirmaciones gratuitas y contradicciones; el mismo libro, como ya he apuntado, es una enorme contradicción.

Desde otro terreno, el de la enseñanza primaria, Manuel Siurot, periodista y abogado, que a imitación de Manjón creó las Escuelas del Sagrado Corazón en Huelva, presumía de que «no había visto un libro de Pedagogía en su vida», hecho que no le impidió escribir un libro sobre cuestiones de educación y enseñanza con el título *Cada maestrillo...*⁷.

Aunque no en manifestaciones escritas, sin duda ninguna, esta actitud, más o menos velada, antipedagógica, continúa en muchos ambientes intelectuales⁸.

Con esta actitud reduccionista, que desprecia lo que no conoce, contrasta la humilde disposición de Manjón que, siendo catedrático de la Universidad en materia jurídica, no tuvo a menos colocarse en la situación de un estudiante a fin de concebir la mayor calidad posible a sus nuevas tareas educativas. Claro está que su actitud no es de una receptividad acrítica, sino una aceptación previa de lo que se piensa y se dice para someterlo a juicio, con el fin de valorarlo adecuadamente y poder utilizarlo en una síntesis personal. Era una receptividad utilizada como base necesaria para hacer más completo su propio sistema educativo, que iría pensando y realizando a lo largo de su vida. «Somos, pues, hombres y maestros *del día*: primero, porque a los errores y abusos *del día* oponemos verdades y derechos y deberes que los contradicen; segundo,

6. RIVERA, J., (1910): *La superstición pedagógica*, Madrid, 2 vols.

7. SIUROT, M., (1920): *Cada maestrillo...*, Huelva.

8. GARCÍA HOZ, V., (1980): *La educación en el siglo XX*, pág. 196-197.

porque nada hay *en el día* que se reputa por adelanto, y no intentemos adoptarlo en la medida de nuestras escasas fuerzas»⁹.

Las anteriores palabras de Manjón hablan bien claramente de su actitud crítica. La dureza con que en ocasiones se expresa al hablar de las ideas y actitudes antirreligiosas, constituye una de las caras del aspecto tal vez más llamativo de la persona de Manjón: su claridad, llena de aristas en muchas ocasiones, y la ternura de sus expresiones cuando se refiere a los niños. Y en medio de ellas, la actitud independiente para señalar las deficiencias de unos y otros y la socarronería para «encajar» las incomprensiones y los ataques de quienes mantenían posiciones opuestas a las suyas.

PEDAGOGIA Y POLITICA

Ha de quedar bien claro que Manjón no combatió las ideas pedagógicas sino en cuanto se oponían a la educación cristiana.

Corrientemente se contraponen a Manjón con la Institución Libre de Enseñanza. Ciertamente, las Escuelas del Ave María y la Institución Libre de Enseñanza tienen en común que son iniciativas pedagógicas. Sus actividades, que habrían de desarrollarse en el terreno común de la educación, responden, sin embargo, a concepciones distintas, y aún contrapuestas, especialmente desde el punto de vista religioso.

El artículo 15 de los estatutos de la Institución Libre de Enseñanza dice: «La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu o interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando tan sólo el principio de libertad o inviolabilidad de la ciencia y la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquier otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas»¹⁰. En la realidad, este neutralismo se manifestó en un laicismo militante de sectarismo anticatólico¹¹. Dolores Gómez Molleda escribe: «Sabemos lo que la palabra neutralidad religiosa significaba para los innovadores —para el propio Giner, aun cuando no se lo confesase a sí mismo—, más que respeto hacia todas las confesiones, desconfianza fundamental hacia una sola, la católica. Lo mismo en la cátedra de la Universidad que en el cenáculo institucionalista, la neutralidad de los reformadores era prácticamente imposible»¹². Respecto de las Escuelas del Ave María, los hombres más representativos de la Institución Libre de Enseñanza la miraban con un cierto desprecio, de cosa arcaica. Véase lo que consigna D. Andrés Manjón en su diario: «El 30 impugnó D. Luis de Zulueta la subvención del Ave María, obra de un

9. «Hojas históricas del Ave María», en *Obras Selectas*, pág. 411.

10. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, I, 1877-42.

11. PRELLEZO GARCÍA, J. M., (1969): *Educación y familia en A. Manjón*, Zurich, Pas-Verlag, pág. 90.

12. GÓMEZ MOLLEDA, D., (1966): *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, C.S.I.C., págs. 257-258.

creyente un tanto supersticioso y fanático que no es pedagogo sino rutinario, bajo las apariencias de nuevos procedimientos. Contestaron con interrupciones Zabala y G. Guijarro, y con un discurso el ministro, que ha aumentado en 5.000 pesetas la subvención de las Escuelas del Ave María» (5 de abril de 1920)¹³.

Las siguientes palabras de Andrés Manjón, también consideradas en su diario, son suficientemente expresivas de su concepto y actitud respecto de la Institución Libre de Enseñanza: «¡Qué fastidiosos me parecen los trabajos pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza!; en todos ellos se ve la ausencia de piedad y borrado en absoluto el nombre de Jesucristo, maestro de los siglos. Es una secta racionalista»¹⁴.

Mas lo que a Manjón le preocupaba no era la acción que pudiera realizar la Institución Libre en tanto que entidad pedagógica. Más preocupado le tenían las consecuencias que habían de tener en el orden político y, tras de éste, en toda la educación española. Realmente Manjón se ocupó y combatió más a los políticos liberales, alimentados ideológicamente por la I.L.E., que a la propia institución. Algunos datos, tomados del diario del P. Manjón, pueden resultar significativos. Los dos nombres más representativos de la I.L.E., Giner de los Ríos y Cossío, están citados por el P. Manjón en su diario únicamente dos veces cada uno, mientras que los personajes más representativos de la política liberal, anticatólica, Canalejas y Romanones, están repetidos seis y diecinueve veces, respectivamente. Ello da idea de hacia dónde iban más directamente las preocupaciones de Andrés Manjón, quien, por otra parte, tenía bien cerca a los «liberalistas» andaluces.

Su actitud crítica no va sólo hacia el lado izquierdo. De los seminarios dice «que no tienen por regla general profesorado bien formado, garantizado ni retribuido, porque en su mayoría son aprendices, y todos dependen de la voluntad el Obispo y perciben asignaciones mezquinas»¹⁵, si bien reconoce que saben imprimir su sello a los seminaristas, porque «hay en ellos unidad y un cuerpo de educadores que forman a su imagen a los educandos», cosa que no son capaces de hacer las Universidades.

Y en cuanto se refiere a ciertas entidades y actividades católicas, véase lo que consigna en su Diario:

«17. (Noviembre 1907). *Asamblea regional* de las Corporaciones Católico-Obreras de las provincias eclesiásticas de Toledo, Sevilla y Granada, celebrada en la Iglesia de Santo Domingo de esta ciudad.

18. Ayer y hoy visitan el Ave María muchos asambleístas, quienes dan de limosna 75 pesetas. Como si la Asamblea fuera para el Ave María (...).

19. *Continúan* los asambleístas hablando mucho y sobre muchas cosas, con lo cual los espectadores aplauden y los hombres prácticos se aburren y echan de menos la acertada dirección.

13. *Diario*, pág. 306.

14. *Diario*, pág. 119.

15. «Discurso», en *Obras Selectas*, IX, pág. 33.

20. *El Ave María* es visitado por seis prelados, cuatro marqueses, entre ellos Comillas y Casa Arnao; sesenta curas y más de cincuenta seglares, quienes se mostraron encantados con los juguetes pedagógicos de los niños. ¡Con poco se contentan los hombres!

Desde el Ave María fueron los concurrentes a Santo Domingo, donde D. Félix Soto pronunció un discurso de siete cuartos de hora, que parecieron cortos al auditorio. Habló bien, dijo las verdades del barquero a todo el mundo y obtuvo muchos aplausos. Obispos, canónigos, curas, sacerdotes, frailes y autoridades, seglares, señoras: todos recibieron palos muy bien dados»¹⁶.

SERENIDAD, SOCARRONERÍA Y LIRISMO

Claro está que quien con tanta libertad exponía su opinión habría de estar preparado para los ataques o incomprensiones de sus adversarios. Las expresiones con que se refiere a los ataques que recibe revelan el temple sereno de quien ha vivido entre dificultades. Buenos ejemplos las palabras transcritas en párrafos anteriores para responder y enjuiciar tales ataques o divergencias. La aseveración de Vincenti oponiéndose a una subvención de las Escuelas del Ave María, diciendo que él había estado largo tiempo en Estas Escuelas son comentadas por Manjón con un simple «ésto no es verdad»¹⁷.

Pero donde aparece la socarronería del campesino castellano es en las referencias a quienes «no quieren excederse» en su ayuda a las Escuelas. Véase la deliciosa nota que pone al final de la edición de su Discurso inaugural de la Universidad de Granada:

«Nota.—Sobre este patrón, y para indicar algunos remedios de los males que aquí se mencionan y lamentan, se han publicado, después de 1907, algunos trabajos, *que unos han aplaudido y otros han censurado*, como es natural.

La mayor parte de esos trabajos se contienen en los folletos u hojas del Ave María, donde se intenta desarrollar el pensamiento de una educación sana, española y cristiana, tomando la cosa desde la primera enseñanza.

Estos folletos u hojas se dan gratis a los bienhechores de las Escuelas, y para los que, sin serlo, no quieren excederse por carta de más ni de menos y piden precio, se les fija el de cinco pesetas. Andrés Manjón»¹⁸.

Manjón polémico, firme en sus concepciones, crítico, socarrón... era un hombre sensible que mantuvo siempre, operante y viva, la influencia que en él ejerció su madre, una campesina excepcional. Todas las durezas de su expresión cuando se refiere a las actuaciones anticristianas se transforma en acendrado lirismo cuando habla de la mujer y la madre «primer elemento educador, en el tiempo y en la importancia (...). Pensemos en quién nos dio aquella primera célula o germen vivo de nuestro ser; y quién nos llevó y nutrió e incli-

16. *Diario*, pág. 418.

17. *Diario*, pág. 306.

18. «Discurso», en *Obras Selectas*, IX, pág. 64.

nó en aquellos nueve meses primeros de nuestra vida; y quién y para qué y por qué hizo de la madre nodriza durante año y medio o dos años; y quién y para qué formó aquel corazón, que es la maravilla de la naturaleza, el corazón maternal. Este corazón, rebosando amor, cariño, desvelo, actividad, desinterés, abnegación y sacrificio, no de un día, sino de todos los días de su vida, ofreciéndose a todo, incluso a la muerte, porque sus hijos, aquellos pedacitos de sus entrañas, vivan y nada les falte, sean buenos y dichosos y si la madre es cristiana, para que sirvan a Dios y todos se salven, es de lo más grande y hermoso que Dios ha tomado»¹⁹.

El lirismo de Manjón nada tenía de retórica; no se compaginaba con él, que fue hombre de muchas palabras, escritas especialmente, pero al servicio de las obras. La exaltación lírica de la mujer expresaba claramente un aprecio excepcional por su función educadora. Tal aprecio no se quedó en sentimiento. Planteándose la cuestión de si las Escuelas del Ave María habían de ser para niños o para niñas, porque a los dos sexos había que educar, ante el dilema de dar prioridad a uno u otro, se inclinó por la educación de las niñas: «Si puedo, abarcaré los dos sexos, porque los dos lo necesitan; pero si no puedo, preferiré educar a niñas. Y para niñas se fundaron las primeras Escuelas del Ave María en Granada y en Sargentos (Burgos), mi pueblo natal»²⁰. Curiosa decisión que coloca al fundador de las Escuelas del Ave María entre los que pudieran ser considerados «feministas prácticos», época en la cual el feminismo era una bandera que enarbolaban los movimientos más o menos revolucionarios del siglo XIX.

SACERDOTE. INTIMIDAD Y UNIVERSALIDAD

No se puede tener una idea clara y completa de la persona y la personalidad de Manjón si se olvida su condición de sacerdote. También en su vida sacerdotal se vienen a complementar dos aspectos en apariencia muy distintos de la vida humana. Como reflejo de Dios, suprema inmanencia y suprema trascendencia respecto del hombre, Andrés Manjón vivió una síntesis en la que la atención a la humanidad entera se alimentaba en la intimidad de la oración: la mayor intimidad y la mayor apertura.

Andrés Manjón escribió un libro, tal vez el único al que se le puede atribuir carácter místico, *Visitas al Santísimo*. Se trata de una serie de meditaciones escritas con la intención de que sirvieran para la visita diaria que a Jesús y María acostumbran a hacer las Escuelas del Ave María. En ellas va desgranando lo que es la Eucaristía bajo el aspecto de la fe como base del amor, en cuanto sacrificio, en cuanto comunión espiritual y sacramental, en cuanto medicina del alma, en sus relaciones con la Encarnación, en cuanto compendio y

19. «Hojas históricas del Ave María», en *Obras Selectas*, X, págs. 275-276.

20. *Ibidem*, pág. 275-276.

resumen de la vida de Jesús y María, para terminar en un libro octavo que trata «De la Eucaristía en relación con la humanidad y sociedad en general».

En el mencionado capítulo octavo, Andrés Manjón vierte compendiosamente sus ideas sobre lo que pudiéramos llamar Pedagogía social:

«No es lícito ser egoísta, ni aún para la piedad. No es buen cristiano el que no es buen ciudadano y se interesa por el bien social...

Del pequeño cosmos (microcosmos), que es el hombre, depende el grande cosmos, que es el mundo social...

Dos cosas hay que se influyen recíprocamente: individuo y sociedad. Cuanto más perfecto sea el individuo, mejor será la sociedad; cuanto más perfecta sea la sociedad, mejor será el individuo...

Prescindiendo de Dios, se entronizó el hombre y, tras el ídolo de la libertad vino el individualismo materialista y con él el régimen capitalista, y contra él el socialismo, y de aquí la cuestión social...»²¹.

Sería muy aventurado decir que las anteriores ideas son originales. Más bien son reflejo del universalismo católico y de la preocupación social que en su tiempo se estaba extendiendo. Lo que sí es digno de notar es el lugar en que están consignadas. En un libro estrictamente religioso, que nace como consecuencia de la mirada directa, sin intermediarios, entre el sacerdote cristiano y el Dios al que representa y sirve.

MAS ALLA DE LA MODERNIDAD

Una personalidad con tan múltiples facetas necesariamente deja huellas profundas. Aun cuando en este trabajo no he entrado directamente en el terreno de las ideas de Manjón, me resisto a mencionar las que creo dos preocupaciones fundamentales del fundador de las Escuelas del Ave María: la formación de los maestros y la acción educativa familiar, especialmente la de la madre.

Es el aprecio del maestro visto con claridad meridiana por parte de Manjón, quien, aunque señala su papel fundamental, advierte, sin embargo, que el maestro no puede sustituir al discípulo, llegando a decir que el mejor maestro es el que trabaja menos y hace trabajar más a sus alumnos²². El desarrollo de los métodos experimentales en Pedagogía, coincidiendo en el tiempo con los últimos años de la vida de Manjón, dejaron a la figura del maestro un tanto en penumbra, en aras de la investigación objetiva de las aptitudes del estudiante y del influjo sistemático, y también objetivo, de los estímulos del proceso educativo. Pero las perturbaciones de los años sesenta, que dieron al traste con la modernidad en la Pedagogía, volvieron a poner de relieve la importancia primordial del maestro, hasta tal extremo que, en 1984, el Boletín Informa-

21. MANJÓN, A., (1946): *Visitas al Santísimo Sacramento*, Madrid, Blass, S. A. Tipográfica, libro octavo. La primera edición es de 1913.

22. Cfr. «Discurso», en *Obras Selectas*, IX, pág. 34.

tivo de la Asociación Norteamericana de Investigación Pedagógica publicó un artículo que lleva el sugestivo título «The phoenix agenda: Essential reform in teacher education»²³. Bien claro, este título expresa la idea de que la formación del maestro es cuestión que vuelve a revivir de sus cenizas como el Ave Fénix. De nuevo la figura de Manjón cobra un especial relieve.

Y otro tanto se puede afirmar de una idea, la influencia de la familia en la educación. Recogida del ambiente cristiano, adquirió caracteres peculiares en el pensamiento manjoniano al poner de relieve, cuestión a la que me referí en renglones anteriores, la especial influencia de la madre de familia. También la familia quedó oscurecida con la presunción técnica de la modernidad en la educación, y también las anormalidades escolares hicieron volver el buen sentido, tal como se pone de relieve en el siguiente texto aparecido en el New York Times en los comienzos de 1968, tras un año de perturbaciones académicas: «Los profesores pensaron orgullosamente que podrían resolver los problemas de la formación de la juventud sin interferencias de la familia. Hoy, más humildemente pero con mayor realismo, se quejan de que a ellos se les cargue la responsabilidad de la desorientación juvenil sin que la familia se haga cargo de sus obligaciones»²⁴.

No parece exagerado pensar que se adelantó sobre las ideas de la modernidad que entonces estaban en todo su auge y sintoniza con lo que de positivo tiene la época cultural en que vivimos, a la que, por no haber encontrado otro nombre, se suele llamar postmodernidad.

Es curioso que en algunas ocasiones Andrés Manjón utiliza la palabra postcivilización²⁵. Participa, no sólo con la palabra, sino también la actitud de la postmodernidad en lo que tiene de rechazo de la concepción positivista de la ciencia como único camino de salvación de la humanidad.

«Todo en el Estado moderno está montado para la cultura de la inteligencia, y la Escuela misma, hija de él, está hecha solamente para el talento. Buscar el talento, estimular el talento; cultivar el talento, premiar el talento, he ahí lo que saben hacer los profesores de *más talento*. ¿Y el corazón y la ciencia difícilísima de querer y obrar el bien? Acerca de esto hay teorías muy peregrinas en boga.

Para la Pedagogía usual del Estado, el gran Maestro de nuestros tiempos, son indiscutibles estos axiomas: las ideas paren virtudes; el crimen es hijo de la ignorancia; donde se abre una escuela se cierra un presidio; hagamos hombres ilustrados y tendremos hombres honrados; dejemos en amplia libertad a maestros y alumnos, que la libertad es el progreso; sin libertad no hay dignidad, y la libertad es como la danza de Aquiles, cura los males que causa; cada alumno es todo un hombre y hay que dejarle obrar con plena libertad; si no, carecería de mérito».

«De estas infantiles preocupaciones adolecen aún muchos candorosos

23. *Educational Researcher*, vol. 13, n. 4, april, 1984, pp. 5-19.

24. *New York Times*, 12 jan. 1968.

25. *Obras Selectas*, IX, «Las escuelas laicas», pág. 162, «El gitano et ultra», pág. 191, 308, 312.

maestros. A partir de tan alegres teorías e infantiles asertos, lo que importa es instruir, y el que más instruye más sana; en alumbrando la cabeza, el corazón puede dejarse a sus anchas; humanidad ilustrada, humanidad redimida. La escuela moderna cumple, pues, con su destino; el docetismo del Estado es digno de aplauso...»²⁶.

En todo caso, no hay duda de que en la modernidad opera un carácter reduccionista que elige caprichosamente una parte, el conocimiento científico, por el todo, la comprensión de la realidad, sacrificando por tanto siempre algo, a alguien, lo que tiene un tanto de desgajador, disgregador.

Frente a esta acción disgregadora, Manjón se manifiesta con un espíritu abierto, comprensivo, integrador.

Ante una educación puramente intelectual —sin despreciarla, como más adelantadamente veremos— pide una educación del corazón, y en cuanto a su concepto de Pedagogía, ciertamente la reconoce como ciencia pero a ella añade algo que se está revalorizando en la realidad: el sentido común. «Pedagogía es ciencia y buen sentido práctico»²⁷.

Crítico de la sociedad y la educación entonces existente, las palabras de Manjón se pueden aplicar a nuestra situación en los finales del siglo XX: «Este siglo móvil, periodista, novelero, revolucionario, retórico, parlamentario y discutidor, no puede dar de sí abundancia de caracteres, y menos aún entre las clases llamadas ilustradas porque salen *mareadas* de la enseñanza con la muchedumbre de asignaturas que produce superficialidad, y con la oposición de criterios, de que nace la duda (...). Contribuyen a enervar los caracteres la molición y la indolencia, el lujo y la vanidad, la política y sistema concluido de educación intelectual capaz de disciplinar las inteligencias y producir en ellas el carácter científico de todos los conocimientos»²⁸. ¿Costaría mucho suscribir estas palabras como diagnóstico de nuestra situación actual?

LA INFLUENCIA DE MANJÓN. CURIOSAS COINCIDENCIAS

Las Escuelas del Ave María y su fundador se hicieron extremadamente populares en toda España; se nutrían de alumnos pertenecientes a las clases más desheredadas y eran de objeto de «curiosidad» y constantes visitas por parte de intelectuales, políticos, aristócratas, prelados, hasta el rey mismo. De todas partes de España llegaban solicitudes a D. Andrés Manjón para establecer Escuelas del Ave María.

Es posible que su popularidad llevara un cierto germen de debilitamiento. El ingenio de Manjón, que le llevó a idear multitud de materiales y juegos educativos, hizo más llamativas las Escuelas del Ave María y sus métodos; pero quizás se trataba en ocasiones de una visión folklórica que llamó la aten-

26. «Discurso», en *Obras Selectas*, IX, pág. 41.

27. «Discurso», en *Obras Selectas*, IX, pág. 53.

28. «Discurso», en *Obras Selectas*, IX, pág. 47.

ción hacia lo que el mismo Manjón llamaba «títeres», ocultando el vigor y la fecundidad de las ideas.

La instauración de la República, ocho años más tarde de la muerte del fundador, contribuyó a oscurecer su figura y a dificultar la expansión de las Escuelas del Ave María, ya que quienes dirigían la política educativa eran justamente los continuadores de liberales y socialistas a los que tanto había combatido D. Andrés Manjón.

Mas, aparte de la que podemos llamar expresión o influencia institucional, las ideas de Manjón empezaron a influir en el mundo pedagógico a partir de sus primeras publicaciones en 1892, y especialmente desde la publicación del discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1897 a 1898 en la Universidad Literaria de Granada y que, a partir de 1897 en que fue publicado, fue objeto de reediciones y comentarios posteriores.

Incidentalmente me he referido ya a la actitud humilde de Manjón, que, siendo ya profesor universitario, en lugar de adoptar la actitud «iluminada» de algunos intelectuales que presumían de no leer libros de Pedagogía y sin embargo educar bien, Manjón fue un estudioso de la Pedagogía y se relacionó personalmente, y a través de la lectura de los libros, con los cultivadores de la ciencia y los realizadores de la educación. Empezó siendo un discípulo y terminó siendo un maestro en la práctica y en la ciencia de la educación.

La influencia magistral de Manjón se ejerció de una manera difusa en todo el pensamiento pedagógico español, no tardando en llegar a los ambientes europeos, especialmente a través de Italia y Suiza. Su influjo se transmitió directamente con sus obras y sus escritos, y a través de Rufino Blanco.

Rufino Blanco, profesor de Pedagogía Fundamental en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio y el más importante estudioso de la bibliografía pedagógica, conoció pronto las Escuelas del Ave María y enseguida se manifestó entusiasta de su realización y de las ideas que la animaban. Las primeras obras de Manjón fueron recogidas por el investigador en su monumental *Bibliografía pedagógica de obras escritas en castellano*. Pero la influencia del fundador de las escuelas del Ave María se pone de relieve principalmente en la obra sistemática de Rufino Blanco, *Enciclopedia Pedagógica*, en cuyos volúmenes están claramente recogidos el concepto de educación y de maestro expresado por Manjón, así como referencias a sus ideas y material didáctico y organizativo.

Y para terminar, unas notas curiosas respecto del influjo en el pensamiento cristiano. Agustín Parrado, arzobispo de Granada en 1945, en el prólogo que escribió a las obras selectas de Andrés Manjón, pone de relieve la condición de «adelantado mayor» de Manjón en el terreno de la educación cristiana: «Siete años después de haber bajado Manjón al sepulcro, se publicó para el mundo católico la *Divini Illius Magistri*, código de la enseñanza y educación. En la admirable encíclica no hay cuestión alguna que no hubiera tratado «per longum et latum» el pedagogo del Ave María, y entre lo enseñado por Pío XI, y siete años antes por Manjón, se ve una coincidencia completa, no ya sólo en las cuestiones básicas, lo cual nada tiene de extraño, sino en los más pequeños

pormenores»²⁹. Hasta aquí el texto del arzobispo Parrado. En cuanto a los pormenores a que se refiere, se pueden señalar dos muy concretos: el aprecio del maestro, expresado por Manjón en la frase: «el maestro hace la escuela», y la expresión de Pío XI, según la cual «las buenas escuelas son fruto, no de las buenas ordenaciones, sino de los buenos maestros»³⁰. Y, al hablar del fin de la educación, Manjón dice que «lo que la educación intenta es tomar verdaderos y dignos caracteres; es decir, hombres bien orientados a fines nobles, que persiguen constantemente». Pío XI en su encíclica dice que el fin de la educación es el hombre «que obra constante y coherentemente, es decir, el hombre de carácter»³¹.

Por los mismos días en que yo estaba escribiendo estas páginas, leída la nueva encíclica de Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*. Confieso que me impresionaron dos coincidencias que encontré entre la encíclica y el pensamiento manjoniano. En primer lugar, la mención del individualismo materialista, y con él el régimen capitalista, y el socialismo como fuentes de conflicto social³². En segundo lugar, y con mayor fuerza, la vinculación de los problemas sociales a la Eucaristía. Del mismo modo que en el mencionado libro octavo de las *Visitas al Santísimo Sacramento*, Manjón enraiza en la Eucaristía la solución a los problemas sociales, Juan Pablo II une la cuestión social al misterio eucarístico: «Quienes participamos en la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este Sacramento, el *sentido* profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz»³³. No parece aventurado decir que las huellas de la persona y la obra de Manjón siguen de nuevo abriendo camino.

29. *Obras Selectas*, I, Prólogo, pág. 30.

30. Pío XI, (1929): Encíclica *Divini Illius Magistri*, n.º 55.

31. *Ibidem*, n.º 59.

32. Cfr. MANJÓN, *Visitas*, pág. 454 y JUAN PABLO II, (1988), Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, n.º 20.

33. *Ibidem*, Conclusión.

